

Nos Salvaremos por el Patriotismo*

Dip. Rodolfo Echeverría Ruiz

Diputado Federal, PRI

2 uizá debo empezar mi intervención confesando que al ser invitado a participar en este homenaje a José Iturriaga mi primera sensación fue de orgullo.

Legítimo y todo, mi orgullo no nacía sólo de aquella vieja conseja unamuniana: “honra honrar a quien lo merece” (Vida de Don Quijote y Sancho) ni, tampoco, del hecho de que con esta ceremonia podía reconocerse —así lo fuera en mínima medida— la gigantesca deuda que la generosidad de José Iturriaga nos ha creado a tantos de los presentes.

No. La verdadera razón de mi orgullo —y lo digo sin humildad alguna— es el hecho de que durante tantas décadas José Iturriaga me haya dado el hermoso regalo de su amistad.

Hombre movido por renovadas pasiones, provisto de inagotables

curiosidades y entusiasta y entusiasmado siempre, con toda razón se lo califica de renacentista. El derecho y la economía, la arquitectura y la filosofía, la lingüística y la historia, la sociología y la crítica de arte son sólo algunos de los mundos en que se mueve con soltura.

Mi orgullo no disminuía —lejos de eso, lo aumentaba— al hacer recuento y recordar que este hombre magnífico además de amigable es amiguelero, y parte importante de su encanto es su capacidad de seducir a jóvenes y a viejos, a gente del pueblo y a mandatarios importantes, a mujeres hermosas y a mujeres inteligentes —

sobre todo si además son hermosas.

No ha habido nadie de importancia en nuestra vida política, cultural o económica que en un momento u otro no haya terminado por rendirse ante el poder persuasivo de Iturriaga,



por dejarse llevar por su optimismo, por compartir —con él— su apasionado amor por la vida, por la verdad, por la justicia.

Octavio Paz y Vicente Lombardo Toledano, Narciso Bassols y Miguel Angel Asturias, Salvador Novo y Efraín González Luna, Diego Rivera y Jaime Torres Bodet y con ellos muchos, muchos jóvenes —como lo era yo cuando empezó a otorgarme su amistad— hemos reconocido que José Iturriaga es en todo un mexicano de excepción.

El orgullo de ser uno entre sus muchísimos amigos y verme distinguido con la grata encomienda de hablar en esta ocasión, me hicieron caer en la facilidad del engaño: ¿qué podía ser más fácil, me dije al empezar a componer estas líneas, que hablar de alguien tan meritorio?

Mi equivocación se hizo patente bien pronto. Nada hay tan difícil como hablar de un hombre de la magnitud y riqueza de José Iturriaga y hacerlo bien. Quiero decir: hablar y ser justo con sus humildades y grandezas; captar su terror a la afectación y a la pompa, su pasión por la claridad, su tranquila aceptación de los hechos, su capacidad para superar rencores y amarguras.

¿Cómo relatar, por ejemplo, aquella graciosa anécdota que nos tocó vivir a él y a mi con Salvador Allende y revelar con ella la humana sencillez que anima su vida?

Permítanme recordar las líneas centrales del suceso. Estábamos en Santiago de Chile, a punto de una audiencia con el presidente Allende, cuando ocurrió la tragedia: la pila eléctrica del aparato de sordera de don Pepe dejó de servir. Desesperados recorrimos media ciudad buscando el repuesto. Fue imposible encontrarlo hasta que una señora que también padecía de ese problema —se-

ducida, claro, por el infalible encanto de Iturriaga— se apiadó de nosotros y nos dio la suya.

Fue con esa pilita a medio andar que acudimos a nuestra comida con Salvador Allende. La reunión empezó con malos auspicios: el aparato de Iturriaga empezó a chillar y el mandatario chileno, confundido, terminó por sentirse receloso. ¿Éramos amigos francos o espías enemigos? Don Pepe aclaró la duda mostrándole el aparato: “Permítame que emplee el *pluralis majestatis*, señor presidente —dijo. No se inquiete: no somos espías. Somos amigos, pero sordos”.

Toda mi amistad con Iturriaga —y estoy seguro que muchos de ustedes podrán decir otro tanto— está colmada de anécdotas reveladoras de esa humana pasión suya por la humildad; de esa capacidad suya de hacer que parezca fácil lo difícil, accesible lo inaccesible, risible lo pomposo, sencillo lo complejo.

La humildad de su grandeza, la universalidad de sus pasiones, la hondura de sus compromisos, la espumosa alegría con la que oculta su erudición, su bondadoso sentido del humor, la constancia de su generosidad, la amistosa tranquilidad de su franqueza, hacen que sea casi imposible hablar de José Iturriaga haciéndole justicia.

Ante tantos y tantos aspectos dignos de elogio y de recuerdo, tuve que admitir que me sería imposible mencionarlos todos y, a sabiendas de la injusticia, tomé la decisión de referirme sólo a uno.

Nada hay tan difícil como hablar de un hombre de la magnitud y riqueza de José Iturriaga y hacerlo bien.

Así parezca curioso, la decisión no fue difícil. A pesar de que hay muchos otros méritos que lo distinguen, supe de inmediato —o quizá lo supe siempre— que debía hablar aquí de una cualidad que destaca entre las suyas. Me refiero, por supuesto, al patriotismo de José Iturriaga.

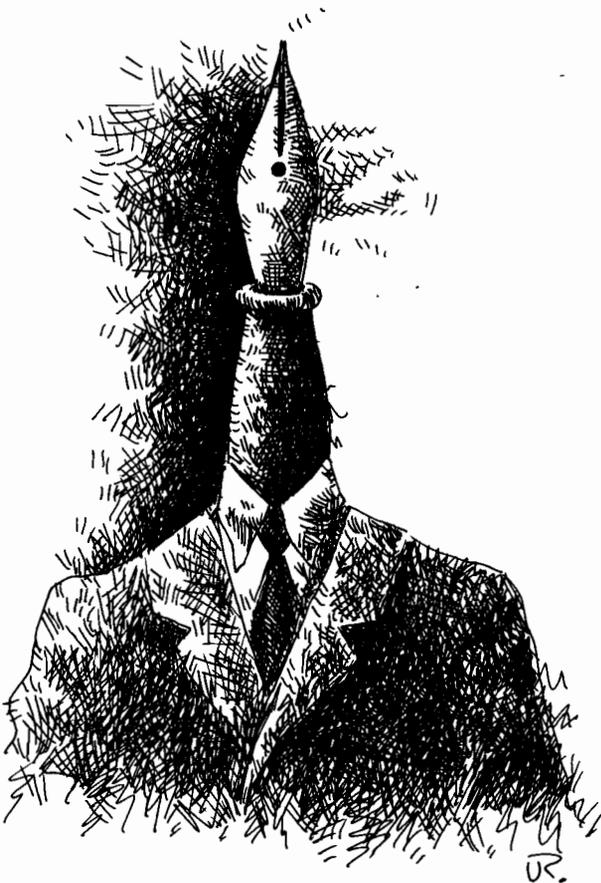
... *patriotismo* significa amor a lo propio sin ser, jamás, temor u odio a lo ajeno.

Como todo concepto importante, *patriotismo* se presta a usos contradictorios y dispares. Debo aclarar, en consecuencia, que para José Iturriaga —y su vida entera es la prueba—, *patriotismo* significa amor a lo propio sin ser, jamás, temor u odio a lo ajeno.

Ser patriota, en el sentido con que lo ha animado Iturriaga, nos permite ser indigenistas sin ser hispanófobos; nos obliga a ser latinoamericanos sin ser antiyanquis; nos conmina a querer y a defender lo nuestro, a ser mexicanos, como una manera de ser cada día más universales.

Amar lo propio no es desconocer, rechazar o devaluar lo ajeno. El patriotismo de Iturriaga consiste en reafirmar lo que se tiene; en reconocer méritos y valores humanamente universales en lo que somos como Nación única e irrepetible; en aceptarnos orgullosamente como parte de una historia, de un paisaje, de un esfuerzo común, sin desconocer los méritos y virtudes de otros pueblos, así no sólo sean distintos, sino incluso opuestos a los nuestros.

El patriotismo no es grito desaforado ni desplante septembrino:



es amor a lo que somos y a lo que nos hace ser como somos. Iturriaga lo ha dicho de mil formas que parecen confluir en una sola: si México desapareciera —es un decir— la humanidad sería más pobre y por eso, sólo por eso, debemos quererlo y defenderlo.

El amor que implica este patriotismo es en todo distinto a la aceptación incondicional. Iturriaga no quiere a México por sus defectos: lo quiere para ayudarlo a superar sus defectos. Se trata, pues, de un *patriotismo crítico* que, según la receta de su maestro, el doctor Marañón, diverge tanto del *patriotismo eufórico* como del *patriotismo hipertrofiado* (Vida e Historia. El Conde Duque de Olivares).

Buena parte de la vida de José Iturriaga ha estado destinada a recuperar, ahondando el trazo, los verdaderos cauces de nuestra historia. El hecho, inevitablemente, lo llevó a estudiar las relaciones entre nuestro país y Estados Unidos.

Iturriaga no oculta ni minimiza la larga sucesión de enfrentamientos, injurias, mutilaciones, intervenciones, dominaciones y frustraciones que de allá nos han venido, por el contrario: las analiza con un rigor y una serenidad insuperables.

... si México desapareciera —es un decir— la humanidad sería más pobre y por eso, sólo por eso, debemos quererlo y defenderlo.

Lo importante es decir: lo patriótico, es que no se detiene a recordar agravios pasados ni por antianquismo ni por un estéril afán de mantener viva su memoria. Lo hace para servir a México, para

ayudarlo a encontrar maneras de protegerse, aliados que lo ayuden en su defensa, valores que lo justifiquen en su lucha.

Iturriaga no hace historia para reabrir heridas ni reavivar hogueras. Sabe, como humanista práctico —distinto en todo al pragmático— que el futuro será mejor y más humano si mexicanos y estadounidenses entendemos que estamos condenados a entendernos.

... el futuro será mejor y más humano si mexicanos y estadounidenses entendemos que estamos condenados a entendernos.

La perseverancia con la que Iturriaga ha estudiado los registros del Congreso estadounidense no responde a una mera curiosidad histórica. Para él es una lección sobre el futuro y, así como advierte que “Norteamérica puede perder la batalla histórica por cegatona o por somnolente, o por insensato amor propio” y señala que Estados Unidos “está obligado a mirar a larga distancia y a ser sensible a un extenso transcurrir del tiempo: el que fue y el que vendrá” no ha cejado jamás de insistir en el hecho de que nuestros mandatarios deben ser capaces también de ver a distancia.

Iturriaga ha hecho historia para ser capaz de ver el futuro y precisamente por eso, porque quiere “verlo” no “imaginarlo”, su patriotismo es en todo opuesto al patriotismo infantil o maniqueo.

Para Iturriaga los buenos no están aquí y los malos allá —sigo hablando de nuestra relación con

Estados Unidos. Hay buenos y malos en todos lados, es decir: en todas partes hay quienes están dispuestos a servir a los principios y no a los intereses; a la historia y no a las circunstancias; a la justicia y no a la fuerza; a la razón y no a la ceguera.

Promover la comprensión entre México y Estados Unidos; abrir puentes para un entendimiento digno y respetuoso obliga a admitir —visto con los ojos patrióticos de Iturriaga— que la historia de los pueblos trasciende las circunstancias inmediatas y supera las limitaciones de toda biografía individual.

El futuro de nuestras relaciones no puede, en consecuencia, descansar en un recuento de agravios ni encontrar sustento en la queja por las heridas recibidas. Hacerlo sería tanto como creer que la dignidad nacional, la grandeza eterna de México, es en todo perecedera y está sujeta a las limitaciones propias de la fragilidad individual.

Sólo que, por eso mismo, es imposible también atentar contra el

patriotismo y negar o desconocer nuestra historia. Hacerlo sería negar lo que somos. Sería creer que nuestra pobreza es incapacidad nacional, no hostilidad geográfica. Sería alentar la idea de que somos inferiores, no distintos. Sería promover el error de que ofrecer amistad es lo mismo que pedir limosna.

La enseñanza que nos ha dado José Iturriaga, la que nos sigue dando al vivir como vive, es que la salvación es posible.

**...podemos salvarnos con el patriotismo
...crítico capaz de madurar en la pluralidad
y la divergencia; con un patriotismo
memorioso que asiente la dignidad
nacional en los dolores y grandezas de
nuestra historia...**

No hablo de redención, no, porque ese es un misterio que cada quien recorre o rechaza a solas. Hablo, con León Felipe, de que a veces podemos



salvarnos con el llanto. Hablo, con Vallejo, de que a veces podemos salvarnos por el amor humano. Y hablo con Iturriaga de que podemos salvarnos con el patriotismo. Con un patriotismo crítico capaz de madurar en la pluralidad y la divergencia; con un patriotismo memorioso que asiente la dignidad nacional en los dolores y grandezas de nuestra historia; con un amor a la patria que sea, por sobre todo lo demás, convencido amor, certeza en el amplio, el luminoso futuro de México.

Estamos reunidos aquí para reconocer deudas. Deudas intelectuales y deudas humanas; deudas ciudadanas y deudas históricas; deudas de amistad y deudas de amor hacia un mexicano de los que ya no hay.

Hace veinte, treinta años, ya se decía que José Iturriaga era de esos hombres de los que ya no había. Y

dentro de cien, cronistas e historiadores, políticos y patriotas, coincidirán que mexicanos como José Iturriaga hubo muy pocos en nuestro tiempo.

Sé que todos los presentes viven como un privilegio irreplicable el regalo de haberlo conocido, haberlo escuchado, haberlo leído, haberlo querido. Y sé también, que carezco de méritos propios para ser yo quien deje testimonio de la orgullosa satisfacción que nos da ser amigos suyos.

Si me atreví a hacerlo fue por una virtud ajena, un presente más de los tantos que me ha hecho José Iturriaga. Desde hace muchos años — y esto lo hizo varias veces — al encontrarme en algún lado con mi madre, se acercaba a ella y, en voz baja, casi en secreto solía decirle: “Señora, usted y yo tenemos un hijo en común”.

* Palabras en el homenaje a José Iturriaga, ciudad de México, 13 de mayo de 1993.